

## **CULTURA, DESARROLLO Y UNIVERSIDAD**

**Álvaro M. Rojas\***

\* Rector de la Universidad de Talca

## RESUMEN

¿Es necesario promover el desarrollo de rasgos culturales propios para hacer universidad? Una comunidad que se vuelca a aportar lo mejor de sus capacidades y a hacer trascender su obra universitaria necesita, inexorablemente, dar respuestas efectivas a temas de racionalidad sustantiva, que contribuyan a dar orientaciones y sentido al proyecto de universidad que se desea construir. Es, precisamente, en la consecución del ideal universitario donde se da, con particular nitidez, el significado que juega la cultura en la formación profesional y la vinculación que permite generar con la sociedad.

Este ideal debe contribuir, entre otros aspectos, a promover una discusión elevada de los temas nacionales e internacionales, a mantener los rasgos característicos de la identidad nacional, a velar por la preservación del medio ambiente y a mejorar la condición de vida de todos nuestros compatriotas.

Para ello, el proceso educativo debe transcurrir, esencialmente, en un ambiente formativo, en el que se debe dar suficiente espacio para el crecimiento humano y espiritual, que habilite a sus profesionales para un desempeño en ambientes progresivamente complejos y globales. Y son estos elementos los que aportan, fuertemente, una cultura institucional forjadora de principios y valores.

## ABSTRACT

*Is it necessary to promote the development of individual cultural features to create a university? A community dedicated to delivering the best of its abilities and having its work transcend inevitably needs to supply effective answers to issues of a substantive rationality that will contribute to provide guidance and meaning to the type of university desired. It is precisely in the search for the ideal university where the meaning of the role played by culture in professional training becomes particularly clear, as does the link it generates with society.*

*This ideal should contribute –among other aspects– to promoting a high-level debate regarding national and international issues, to maintaining the characteristic features of national identity and to protecting the environment and improving the living standards of our fellow citizens.*

*To this end, the process of education should therefore take place, essentially, in a context in which there should be sufficient room for human development and spiritual development, to enable professionals to carry out their tasks in an increasingly complex, global setting. These are the elements strongly provided by an institutional culture that aims to equip individuals with principles and values-*

## CULTURA, DESARROLLO Y UNIVERSIDAD

El crecimiento y desarrollo de una universidad no puede estar sustentado, exclusivamente, en la materialidad de sus edificios y en la tecnología de sus instalaciones. La construcción de una universidad tampoco se puede sostener sólo en la oferta de una diversidad de programas de pre y posgrado, y de investigación científica y tecnológica.

Una comunidad que se vuelca a aportar lo mejor de sus capacidades y a hacer trascender su obra universitaria necesita, inexorablemente, dar respuestas efectivas a temas de racionalidad sustantiva, que contribuyan a dar orientaciones y sentido al proyecto de universidad que se desea construir. Es, precisamente, en la consecución de lo que podemos entender como un ideal universitario donde se da, con particular nitidez, el significado que juega la cultura en la formación profesional y la vinculación que permite generar con la sociedad.

Emmanuel Swedenborg nos entrega una parábola que puede ser perfectamente aplicable al tema que estamos discutiendo. Relata la vida de un hombre que se retira a vivir en el desierto y que se niega a todos los placeres terrenales; vive rezando, ayunando y mortificándose hasta que llega el día de su muerte en el que, efectivamente, su alma va al cielo. Pero el cielo de Swedenborg es, paradójicamente, material y espiritualmente mucho más rico que la tierra. El cielo es una ciudad grata, habitada por un exigente mundo intelectual, con profundas discusiones sobre la materialidad y la espiritualidad. El mundo al que

ingresa este pobre ermitaño le resulta muy poco comprensible, por cuanto no ha preparado su alma intelectualmente para esta gracia. Al cabo de un tiempo se da cuenta que no puede estar ahí, que su vida pobre, llena de mortificaciones, le jugó una mala pasada. Pero tampoco puede ser enviado al infierno, porque lo suyo no fue un error moral, sino intelectual.

Usando esta parábola surge entonces, para la comunidad universitaria, la gran motivación de querer soñar con el futuro que se desea y que se estima importante construir. Se trata del cielo del futuro, en el que se desea celebrar mañana o en el que otros celebrarán cuando ya no estemos.

El tema es aún más importante, ya que la comunidad académica, junto con ayudar a construir una universidad, contribuye también a desarrollar una cultura universitaria propia, con todos sus elementos constitutivos y que, en esencia, pueden ser reducidos a una tradición y un lenguaje. Una tradición universitaria propia, distinta de viejos paradigmas, capaz de comunicar su propio lenguaje. Una forma de conversar, de transmitir, de expresar sentimientos y también, por cierto, de hacer llegar la verdad y la emoción de las artes. Una cultura que será la que marque rasgos de identidad, capaces de construir un *ethos* propio: con valores, principios y códigos que el día de mañana estructurarán las particularidades, la personalidad y el carácter corporativos.

He utilizado la palabra construir, por cuanto es una tarea que depende estrictamente de cada institución y no del Estado, como podría suponerse. A este respecto, podemos utilizar también otra analogía, extraída de la tradición sionista del siglo XVI. El cabalista de Jerusalén, el poeta místico Isaac Luria, desafió la tradición ortodoxa judía al rebatir la idea de que Dios haya concentrado su fuerza y poder en un punto del universo, para centrar ahí la creación. Luria planteó lo contrario; partiendo del principio de que la materia es una emanación de Dios, sostuvo que el Creador hizo exactamente lo opuesto: se retiró de cierto punto del espacio (*zimzum*) para permitir la expresión de un espacio primordial, desde donde surge el hombre originario, *Adam Cadmon*, del que emanan las virtudes de la creación (*sefirot*), tales como la sabiduría, la inteligencia, el amor, la justicia y la misericordia.

Así como en buena parte del siglo XX la gran mayoría de las instituciones sociales, y una parte importante de la institucionalidad económica, fueron generadas a partir de decisiones de Estado, en la época denominada posmoderna, que nos toca vivir, el retiro del Estado de muchos campos y de muchas decisiones ha permitido a diversos actores sociales, sectores y grupos de instituciones, ocupar espacios de autonomía para su crecimiento y desarrollo. Dicho de otra forma, el éxito futuro, la proyección en el tiempo, no dependen sino de un trabajo sistemático en la ocupación asertiva de los espacios que la contracción estatal libera o va a liberar.

Este proceso no se define sólo en la dialéctica público-privado, sino que, también, dentro de la propia institucionalidad del Estado se puede participar activamente de este proceso, renovando las características de la función pública en la sociedad contemporánea.

En el particular caso de la educación, niveles superiores de desarrollo profesional requieren definitivamente de bases “virtuosas”, sólidas y estables para su desarrollo, fundadas en valores contemporáneos trascendentes. En nuestro caso, en una manera particular de hacer universidad, sobre la cual se traza la cartografía de los que son los dominios formativos, temáticos, espaciales, sociales y estéticos de la corporación.

Y es aquí donde surge la interrogante: ¿es necesario promover el desarrollo de rasgos culturales propios para hacer universidad?

Sin lugar a dudas, las grandes universidades del mundo tienen rasgos que las identifican. Sus egresados proyectan la cultura de su *alma mater* y por sus elementos distintivos se les reconoce y son reconocidos. De éstos se derivan conductas, motivaciones, una forma de actuar y un espíritu particular.

Ello nos lleva a la necesaria conclusión de que el título habilitante para un ejercicio profesional o científico que imparte una universidad no puede restringirse sólo a una maraña secuencial de asignaturas y contenidos.

El proceso educativo debe transcurrir, esencialmente, en un ambiente formativo en que haya suficiente espacio para el crecimiento humano y espiritual, que habilite a sus profesionales para un desem-

peño en ambientes progresivamente complejos y globales. Y son estos elementos los que aporta, fuertemente, una cultura institucional forjadora de principios y valores.

En el período de globalización en el que nos corresponde actuar, las formas de vida se estandarizan, los países y las instituciones se hacen similares y la homogeneización cultural es un signo de los tiempos. Por ello, los elementos distintivos serán los que marcarán la diferencia entre los profesionales y, consiguientemente, entre las instituciones.

Recordando al filósofo alemán Frederich Nietzsche, podemos señalar que los elementos distintivos son los materiales fundamentales que permiten fundir la campana para anunciar la presencia de una nueva generación profesional, que proyecta a su institución en la sociedad.

Nuestra sociedad y, por cierto, también sus instituciones, requieren de personas sensibles, en el sentido más amplio de la palabra. Personas que sean dignas del arte y de la cultura, profesionales que sientan emoción en una época en que todo es calculable, predecible y esperable.

Necesitamos “poetizar” nuestras instituciones curioso objetivo que no tiene fin utilitario, económico o político. Hacer sentir a cada uno de los integrantes de nuestra comunidad que su ser tiene regiones que pueden ser tocadas con el sentimiento. Se trata de una búsqueda, de un esfuerzo por humanizar nuestro trabajo académico y nuestra proyección social.

Las universidades deben tener claridad respecto a que su misión es formar al hombre del mañana, el que imperiosamente necesita consolidar valores para enfrentarse con éxito al relativismo, síntoma más evidente de la modernidad. Humanizar la vida universitaria se transforma en un requerimiento fundamental para construir nuestros sueños.

El porvenir no ha sido creado, pero existe; es un concepto que ha orientado el acontecer institucional en los últimos años. Podríamos agregar que existen muchos “porvenires” y que el que se da es el que

los hombres y las instituciones son capaces de construir. Estamos conscientes de que nuestra historia, nuestro porvenir, lo escribimos directamente, diariamente, con muy pocas mediaciones e interferencias, con completa autonomía. Naturalmente que lo podríamos supeditar a un contexto de políticas y circunstancias, o bien, a la fuerza y expresión real de sus personajes, a su motivación y a sus convicciones.

Creemos que nos está permitido ser diferentes, aspirar a algo distinto, a crear una historia que tenga una lectura infinita y que, además, la habiten personajes con capacidad de trascendencia. Una historia que pueda ser leída más allá de las circunstancias que le dieron origen y la rodearon, que pueda desarrollar su propio lenguaje y que sea la expresión de cómo sentimos lo que estamos haciendo y de cómo miramos al mundo. Un verdadero esfuerzo por transformar la universidad en un espacio de esperanza y futuro, un espacio donde la juventud puede construir sus sueños.

Una expectativa que se mueve en el espacio correspondiente a la dignidad de los sueños. Es esta condición la que nos entrega el optimismo esperanzador y que constituye estrictamente lo que puede ser denominado como nuestro metarelato.

La reflexión anterior cobra especial relieve en el momento que vive la educación superior de nuestro país, en particular el subsector universitario financiado por el Estado. La presión por privilegiar la “supervivencia económica” ha motivado que las universidades desatiendan el largo plazo, los grandes objetivos que persigue la sociedad. En su reemplazo han arbitrado medidas efectistas de corto plazo y respuestas mediáticas de difícil recuerdo. Figurativamente hablando, han sacrificado sus sueños por una vigilia que se hace muy difícil de llevar.

Asistimos a un panorama en el que muchas instituciones, de Chile y Latinoamérica, tienden a sucumbir a esta suerte de “capitalismo académico”, que desdibuja el rol más central de la institución universitaria. Observamos cómo, progresivamente, la universidad, acorralada por lo inmediato, transforma su esencia de institución social

en lo que se ha dado en llamar “industria universitaria”, con rasgos corporativos de propiedad societaria o de consorcios anónimos; es la universidad productora de bienes y servicios, estructurados en unidades de negocio que limitan en oportunidades de mercado, la mayor de las veces en nichos estrechos y temporales.

Vemos, con pesar, como los títulos universitarios se transforman en *commodities* a los que hay que masificar, bajar costos y elevarles su productividad. Titular personas en cualquier parte y sin interesarse por los contenidos, y certificar sin agregar un valor efectivo a la formación de esas personas, son normas de acción de no pocas instituciones.

Hoy, más que nunca, se hace menester preservar un ideal educativo que a ratos desaparece de la agenda de las propias universidades. Todas las sociedades lo han perseguido: el ideal estético de los griegos, el político de los romanos, el religioso del período medieval y el humanista de los tiempos modernos.

A fines del siglo XX se instaló en nuestra sociedad un ideal profesionalizante y utilitarista, que muestra claros rasgos de agotamiento al no abordar aspectos básicos de racionalidad sustantiva que permitan comprender las complejas imbricaciones por las que transita la sociedad contemporánea.

Un nuevo ideal educativo impone la necesidad de profundizar aún más en el rol “aportador” al desarrollo que tiene la formación universitaria en los más distintos ámbitos: en aspectos de desarrollo económico y social, así como también cultural y ambiental.

Este ideal debe contribuir a promover una discusión elevada de los temas nacionales, a examinar las características de las vinculaciones y relaciones de nuestro país con el sistema económico y político internacional, al esfuerzo que debemos desplegar por perfeccionar aún más nuestro Estado democrático, a mantener los rasgos característicos de la identidad nacional, a velar por la preservación del medio ambiente, a mejorar la condición de vida de todos nuestros compatriotas. Un ideal educativo que podríamos llamar del “humanismo democrático”, fuertemente centrado en los grandes temas de la cultura, la democracia y la modernidad.

Ese ideal educativo debe ser promovido en nuestras universidades como el sustento fundamental de sus estructuras curriculares, de sus relaciones con el medio productivo y social, y de su investigación básica y aplicada; en definitiva, debe inspirar todos los ámbitos del quehacer universitario.

En este contexto, es relevante el desarrollo de una propuesta que promueva el desarrollo cultural de los integrantes de su comunidad y que, a su vez, proyecte un tratamiento efectivo hacia el espacio geográfico donde la universidad ejerce influencia. Ello, porque en la cultura se encuentran los códigos y claves fundamentales que permiten a los hombres vivir en plenitud, particularmente en períodos de incertidumbre. En este sentido, es fundamental el papel de la literatura, de la música y de las distintas expresiones estéticas.

Las grandes obras de la cultura sintetizan los sentimientos, la imaginación y los sueños de la humanidad en distintas épocas y contextos. El solo hecho de privarnos o privar a alguien de conocer la aventura trascendente del fenómeno del hombre, en todas sus dimensiones, es frustrante. ¡Qué pobreza sería no conocer a todos aquellos que han alcanzado la categoría de clásicos en sus respectivas disciplinas, a todo aquello que adquirió un carácter atemporal! Obras que trascienden a las simplificaciones de la historia y son valoradas más allá de las circunstancias que les dieron origen.

La cultura incuba en los pueblos y en las personas visiones y sueños. Y, por cierto, no es posible vivir sin sueños, sin esperanzas, sin humanismo. Desde los inicios de nuestra civilización se ha tenido la pretensión de que las “liras doradas de Orfeo” moderen y modelen el carácter de los hombres. Ya en la temprana Edad Media se consideraba a los pocos libros que entonces existían como escuelas de la moral. El religioso francés Bernardo de Claraval, señala “...un buen libro te enseña lo que debes hacer, te instruye sobre lo que debes evitar y te muestra el fin al que debes aspirar”.

Ética y cultura están fuertemente hermanadas. Permiten al hombre ser mejor en su quehacer individual. Jorge Luis Borges plantea que “una persona culta tiene un actuar más ético”, entendiendo la ética no sólo como la aplicación práctica de los diez mandamientos,

sino como –más bien– el sentimiento personal que experimentamos cada vez que actuamos.

La cultura, al comunicarnos experiencias ajenas, nos otorga la posibilidad de reconocerles acciones éticas, más cerca de los valores y de los principios. Al decir de René Descartes: “...son conversaciones, con los hombres más ilustres del pasado”. No es casualidad que las naciones en las cuales la cultura ocupa un papel más protagónico, sean más justas, más pacíficas, más equilibradas y más capilares socialmente.

Es importante establecer el efecto que tiene el desarrollo cultural en este último aspecto, el relativo a la capilaridad de nuestra sociedad, porque el hombre culto transforma su origen y democratiza sus relaciones sociales, accede a otros niveles de vínculo, modifica sus temas de conversación y comprende de una mejor forma las circunstancias históricas y la realidad en la que le corresponde desenvolverse.

El individuo ilustrado es hoy el protagonista central de la sociedad del conocimiento, es un ser que no tiene temores ni incertidumbres. En palabras de Nietzsche: “...reducir a una cosa desconocida proporciona alivio, tranquiliza, satisface y, además, otorga un sentimiento de poderío”.

Decíamos recién que las obras de arte en general, incluyendo a la arquitectura, tienen la capacidad de trascender a las circunstancias que les dieron origen. Nos dan una clara idea de lo que fueron los ideales estéticos de la sociedad en sus diferentes momentos de desarrollo, un fenómeno muy distinto de lo que ocurre en el mundo de las ciencias y la tecnología, tan propio de la idea de universidad.

En las ciencias, y su constante cambio de paradigmas, se da el fenómeno contrario: el destructivo. Renegamos de las estructuras pretéritas del conocimiento, por imprecisas y equívocas.

En las artes se da, en cambio, un proceso que es acumulativo. Todo lo de valor –sin importar su época– es patrimonio que debe ser cuidado y, en lo posible, immortalizado. No son susceptibles de error,

por cuanto expresan o sintetizan la compleja relación que se da entre la mente y el lenguaje humano. El hombre en las artes no reniega de lo que fue o de lo que quiso expresar, aunque en otro contexto pueda ser juzgado como simple o erróneo.

Parece interesante, entonces, que una universidad preocupada del desarrollo y avance de las ciencias y la tecnología, pueda albergar y cultivar, paralelamente, lo que puede ser entendido como patrimonio de la humanidad, del país, o más precisamente de la región donde se ubica. Una universidad debe interesarse activamente en enriquecer el espíritu y el patrimonio de los habitantes del espacio geográfico que la acoge, y en promover en sus alumnos y futuros profesionales la capacidad de reconocer hechos estéticos.

Es ese el espíritu que, con la cultura, la universidad debe despertar en sus estudiantes, sus profesionales y la ciudadanía. Ese esfuerzo es el que la reposiciona como la institución social que promueve el humanismo: un centro de estudio que es también un espacio de crecimiento querido, respetado y trascendente.

